



ARZOBISPADO DE VALENCIA  
COMISIÓN DIOCESANA DE ESPIRITUALIDAD  
C/ Avellanas, 12 · Tel. 96 315 82 09 · 46003 Valencia

## “... y no olvidemos las obras de misericordia espirituales”

(Papa Francisco MV 15)

**Fernando Hueso Iranzo, OFM.**  
Custodio del Monasterio de Santo Espíritu -Gilet-  
23 de noviembre 2016

La misericordia es una de las formas en que se manifiesta el amor, que como sabemos, “es benigno y no presume ni se engríe” (1Cor 13,4)

En la Biblia el adjetivo “misericordioso” es, ante todo, un atributo divino. Cuando Dios reveló su nombre a Moisés lo hizo con estas palabras: “Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad” (Ex 34,6). En el Nuevo Testamento la misericordia divina está tan presente en cada página que, según san Ireneo, debemos considerarla el atributo más característico de Dios.

### 1. La misericordia nos asemeja a Dios

Si nosotros queremos parecer hijos de Dios, deberemos tener con él esa semejanza en la actitud misericordiosa. El “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” de Mateo, se convierte en Lucas en “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”.

El mismo Jesucristo hace de los misericordiosos reflejo del mismo Dios, alcanzando de él lo que de él reciben: “Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”.

Bonhoeffer glosaba esta bienaventuranza con estas bellas palabras: “(A los misericordiosos) no les basta su propia necesidad y escasez, sino que también se hacen partícipes de la necesidad ajena, de la pequeñez ajena, de la culpa ajena. Tienen un amor irresistible a los pequeños, enfermos, miserables, a los anonadados y oprimidos, a los que padecen injusticia y son rechazados, a todo el que sufre y se preocupa; buscan a los que han caído en el pecado y la culpa.... Solo una honra y dignidad conocen: la misericordia de su Señor, de la que viven. Él no se avergonzó de sus discípulos, se convirtió en hermano de los hombres, llevó su ignominia hasta la muerte de cruz. El misericordioso regala su propia honra al que ha caído en la infamia, y toma sobre sí la vergüenza ajena. Se deja encontrar junto a los publicanos y pecadores y

lleva gustoso la deshonra de tratar con ellos... Sólo una honra y dignidad conocen: la misericordia de su Señor, de la que viven. Él no se avergonzó de sus discípulos, se convirtió en hermano de los hombres, llevó su ignominia hasta la muerte en cruz. Esta es la misericordia de Jesús, de la única que quieren vivir los que están ligados a él, la misericordia del crucificado. Ésta les hace olvidar toda honra y dignidad propia, y buscar solo la comunidad con los pecadores. Si se les injuria por eso, son felices. Porque alcanzarán misericordia. Dios se inclinará alguna vez profundamente hacia ellos descargándolos de sus pecados e ignominias. Dios les dará su honra y quitará de ellos la deshonra. La honra de Dios será llevar la vergüenza de los pecadores y vestirlos de su dignidad. ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque tienen al misericordioso por su Señor!”.

## 2. De la misericordia a las Obras de Misericordia

Evidentemente, si la misericordia es una de las formas en las que se manifiesta el amor, y sobre todo siendo este amor semejanza con el amor divino debemos decir que éste no puede quedarse en algo ideal o platónico, o simplemente sentimental. Para nada, el amor o es concreto o no es amor. Por ello, la misericordia debe manifestarse en acciones concretas. Pero a la vez, hay que decir que no podemos pretender encerrar el amor y su concreción en las acciones misericordiosas en un número limitado de acciones. La misericordia se manifiesta en toda acción de ayuda y colaboración con los otros cuando se hace de forma generosa y desinteresada.

Por otro lado, la tradición de la Iglesia ha querido plasmar las obras de misericordia en unas acciones concretas, tal vez para evitar un espiritualismo vacío y sin aterrizar, pero que a su vez, no pueden pretender agotar toda la misericordia.

Ya el Pastor de Hermas en el siglo II, presenta una enumeración de “obras del bien” en las que llega a contar hasta 20. Será Orígenes quien, a caballo entre el siglo II y el III, abrirá la vía hacia las obras de misericordia espirituales al comentar alegóricamente el pasaje de Mt 25, así nos dice: “Además del pan y del vestido que sirven al cuerpo, se deben alimentar las almas con alimentos espirituales (...), con la obtención de diversas virtudes por la enseñanza de la doctrina para acoger al prójimo con un corazón lleno de virtudes, y, finalmente, dedicarse a los débiles para reconfortarles, enseñándoles, consolándoles o reprendiéndoles; y cada uno de estos gestos atañe a Cristo”.

Posteriormente será San Agustín (354-430) quien comentará las seis obras prescritas en Mt 25 y las pondrá en paralelo con otras tantas de índole espiritual, con lo que se consagrará la tradicional división entre las obras de misericordia corporales y las obras de misericordia espirituales. Y será Santo Tomás de Aquino (1274) quien consolidará la doble lista. Por un lado, las siete obras de misericordia corporales, seis procedentes de Mt 25, a las que se añade la sepultura de los muertos sacada del Libro de Tobías; y por otro lado, como en una lectura alegórica de estas, presenta las siete obras espirituales, que, a partir de él, se difundirán ampliamente.

### 3. Las Obras de Misericordia Espirituales.

Las personas humanas sufren deficiencias pertenecientes a su dimensión psíquica, intelectual y espiritual, a las cuales responden las Obras de Misericordia espirituales, ya sea implorando el auxilio de Dios (orar por los vivos y los difuntos), ya sea interviniendo en relación con el prójimo instruyéndolo o aconsejándolo, ya sea consolando, o ya sea reaccionando a los desarreglos de su acción (corrigiendo, perdonando, soportando).

Estas siete obras de misericordia pueden agruparse en tres grandes bloques, así tres obras iniciales que tienen que ver con el *Estar atentos a los demás*: 1) dar consejo al que lo necesita; 2) enseñar al que no sabe; 3) corregir al que yerra; a su vez, hay otras tres Obras centradas en torno a *Tener un espíritu Conciliador* formadas por: 4) consolar al triste; 5) perdonar las ofensas; 6) soportar con paciencia las personas molestas; y finalmente, una obra de síntesis: 7) Orar a Dios por los vivos y por los difuntos.

#### 3.1. Estar atentos a los demás

La práctica de las tres Obras de Misericordia espirituales —dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe y corregir al que yerra— enseñan a mirar fuera de nosotros mismos. Invitan a una atención al prójimo hecha de compasión y amor hacia quien lo necesita, no sabe o yerra.

##### a) Dar consejo al que lo necesita

Un buen consejo puede marcar la vida. En momentos de desesperación, angustia o fracaso nos puede orientar como luz en medio de la oscuridad. ¿Quién no ha recibido un buen consejo?

Pero ¿dónde está el criterio para un buen consejo? He aquí las palabras del sabio Ben Sira que apuntan a la cuestión de la verdad y a la importancia decisiva de la conciencia recta que vaya en su búsqueda. «Atiende el consejo de tu corazón, porque nadie te será más fiel. Pues la propia conciencia suele avisar mejor que siete centinelas apostados en una torre de vigilancia. Pero, sobre todo, suplica al Altísimo, para que dirija tus pasos en la verdad» (Eclo 37,13-15).

Hemos de tener cuidado con el término aconsejar; ciertamente, está muy bien, pero suena a un estilo de ayuda de experto, que coloca al destinatario en una actitud pasiva frente a sus problemas. Acompañar lleva consigo hacerse cargo de la experiencia ajena y dar hospedaje al sufrimiento del prójimo. Quien sabe aconsejar y acompañar mata la soledad con su presencia, se mete en los zapatos del otro, se acomoda a su perspectiva y se sienta a su mesa personal con todos los sentidos en clave de servicio. La escucha activa representa la herramienta fundamental de la interacción y de la ayuda. La escucha activa promueve el protagonismo del ayudado en el proceso de reconocimiento y afrontamiento de la dificultad. A escuchar se aprende. Se escucha con toda la persona, con el corazón. Acoger lo que el otro dice y lo que el otro es. Esta es la clave de casi todo. Nos preocupamos mucho de lo que debemos

decir y muy poco de escuchar lo que nos dicen. Escuchar es una manera de descentrarnos, de olvidarnos de nosotros mismos y abrir las puertas de nuestra casa a los demás. En definitiva, es una manera de amar.

Jesús, en el Evangelio, nos ofrece muchos consejos. Donde encontramos la fuente de aconsejar del Maestro es en el Sermón del Monte. Las ocho actitudes que hemos de cultivar especialmente según Mt 5, 1-10: la pobreza de espíritu (una actitud de abandono y confianza en Dios), la aflicción (con la que sobrellevamos la falta de conexión entre el Dios misericordioso y nuestra actitud negligente), la falta de poder, el hambre y sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón o transparencia interior, el compromiso por la paz y ser perseguidos por causa de la justicia.

#### b) Enseñar al que no sabe

«¿Entiendes lo que estás leyendo?» (Hch 8,30), le pide Felipe al funcionario que está leyendo el profeta Isaías. Y este le responde: « ¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?» (Hch 8,31). En esta línea de guía y educador de conciencias exigente, se debe recordar el texto paradigmático de Jesús cuando afirma que «no os dejéis llamar maestros, porque solo uno es vuestro maestro, el Mesías» (Mt 23,10). Se trata de un texto que recoge la confesión sobre Jesús, ya que «para nosotros no hay más que un Dios, el Padre... y un solo Señor, Jesucristo» (1 Cor 8,6). Se marca así con contundencia que quien de forma definitiva «enseña al que no sabe» es Jesús el Mesías. Por lo tanto, el modelo de maestro, no puede ser sino el Maestro.

¿Y cómo es ese modelo de docente? Nos vamos a dejar inspirar por alguien llamado a servir a través de la educación a los pobres: san José de Calasanz. En primer lugar, se preocupaba del maestro, agente de la educación, en toda su realidad personal, desde la estructura física a la psíquica. En las cualidades espirituales del enseñante, la primera virtud es el amor a Dios y al prójimo. Además, subraya el valor de la humildad, que nos lleva a no ir por la vida dando lecciones y enseñando a todo el mundo, como si fuéramos los depositarios de todo el saber y la verdad. Junto a ella, otra virtud fundamental: la paciencia. La autoridad del que enseña ha de ir unida a la ejemplaridad. Ya lo afirmaba el beato Pablo VI: “El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros”. El que enseña debe ser capaz de empatía, de conectar con el otro, de ser depositario de su confianza. Se aprende más por la credibilidad y honestidad del que enseña que por los conocimientos que imparte. El que enseña lo hace desde la sencillez, desde el servicio como Jesús. Sabe motivar y despertar la curiosidad y las ganas de saber. Sabe unir el saber, con el sabor, con esa experiencia propia que le lleva a saborear la realidad, a entrar en ella a no quedarse en lo superficial. El que enseña sabe abrir la mente a las preguntas, a las de verdad, a las profundas. Más que soluciones para todo, tiene preguntas para buscar.

Enseñar está muy bien, pero también el que enseña ha de dejarse enseñar. Eso es también obra de misericordia: saber escuchar y agradecer lo que hemos aprendido. Todos necesitamos aprender unos de otros: los maestros de los alumnos, los padres de los hijos o los catequistas de los catecúmenos. El requisito esencial del que enseña es,

en el fondo, seguir siendo discípulo. Enseñar nos lanza al vuelo. Así lo creía la Madre Teresa de Calcuta:

“Enseñarás a volar... pero no volarán tu vuelo. Enseñarás a soñar... pero no soñarán tus sueños. Enseñarás a vivir... pero no vivirán tu vida. Enseñarás a cantar... pero no cantarán tu canción. Enseñarás a pensar... pero no pensarán como tú. Pero sabrás que cada vez que ellos vuelen, sueñen, vivan, canten y piensen... ¡estará en ellos la semilla del camino enseñado y aprendido!”

### c) Corregir al que yerra

Es una Obra de Misericordia inspirada en un texto clásico del Evangelio de Mateo cuando trata de los conflictos en el seno de la comunidad, en el que se desplaza el acento desde el pensamiento jurídico a una perspectiva más eclesiológica y pastoral, texto que dice así: «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas. Si te hace caso, has salvado a un hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano» (Mt 18,15-17; cf. Tit 3,10).

La cuestión de la corrección fraterna está relativamente presente en el Nuevo Testamento y en su uso se percibe un notable realismo. En este sentido, pues, conviene notar que la corrección debe realizarse no como un juicio, sino como un servicio de verdad y de amor al hermano, ya que se dirige al pecador no como un enemigo, sino como un hermano (cf. 2 Tes 3,15) y puede así obtener el resultado de reconducir a la vida un hermano que se estaba perdiendo (cf. Sant 5,19s.; Sal 51,15).

El papa Benedicto XVI explica de esta bella manera por qué la corrección fraterna es un acto de amor: “Ninguno de nosotros se ve bien a sí mismo ni ve bien sus faltas. Y por eso es un acto de amor útil para constituir el complemento el uno del otro, para ayudarnos a vernos mejor, a corregirnos... Naturalmente, esta gran obra de misericordia de ayudarnos los unos a los otros exige mucha humildad y amor. Solo se conseguirá si viene de un corazón humilde, que no se pone por encima del otro, no se considera mejor que el otro, sino solo instrumento para ayudarse recíprocamente”. Desde la humildad, reconociendo que también nosotros nos equivocamos. No queramos sacar la paja del ojo del vecino sin darnos cuenta de la viga que se ha instalado en el nuestro.

Esta corrección fraterna se ejercita con firmeza (cf. Tit 1,13), pero sin asperezas (cf. Sal 6,2), sin exacerbar o humillar el que es amonestado (cf. Ef 6,4), pudiéndola realizar un joven hacia un anciano, pero con conciencia de su condición (cf. 1 Tim 5,1). Es verdad, además, que «ninguna corrección resulta agradable, en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (Heb 12,11).

La corrección fraterna exige discernimiento: escoger el momento oportuno; ejercitarla de forma que crezca y no disminuya la estima que el hermano tiene de sí mismo; evitar que sea la única manera con la cual uno se relacione con aquel hermano;

ejercerla sobre cosas verdaderamente esenciales; tender a liberar y no tanto a juzgar y condenar; corregir sabiendo que uno también es pecador y necesitado de corrección. Si todo esto acontece, la corrección fraterna que sugiere la Obra de Misericordia «corregir al que yerra» podrá dar fruto de paz y de bendición (cf. L. Manicardi).

### 3.2. Tener espíritu conciliador

La práctica de las tres Obras de Misericordia espirituales —consolar al triste, perdonar las ofensas y soportar con paciencia las personas molestas— favorecen el espíritu conciliador. Las tres obras forman parte de la actitud de una persona conciliadora, atributo fundamental del discípulo de Cristo. Un espíritu es conciliador si reconoce la propia necesidad de reconciliarse con Dios. En efecto, no se puede consolar, perdonar y soportar pacientemente las injusticias, si no se reconoce ser deudor de Cristo, el cual nos ofrece continuamente el modo de reconciliarse con Dios (cf. J. F. Keeman).

#### a) Consolar al triste

Jerusalén en su historia hizo la experiencia de total abandono. Privada de toda consolación por parte de sus aliados (cf. Lam 1,19), exclamaba: «me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado» (Is 49,14; 54,6-10), pero en realidad el Señor era su verdadero consolador al proclamar: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios» (Is 40,1). «El Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados» (Is 49,13).

Dios, en efecto, consuela a su pueblo con la bondad de un pastor (cf. Is 40,11; Sal 23,4), el afecto de un padre, el ardor de un novio y de un esposo (cf. Is 54) y con la ternura de una madre (cf. Is 49,14s.; 66,11-13). Y por esto ha llegado a su pueblo su promesa (cf. Sal 119,50), su amor (cf. Sal 119,76), la Ley y los profetas (cf. 2 Mac 15,9) y las Escrituras (cf. 1 Mac 12,9; Rom 15,4) que le posibilitan superar el desconsuelo y vivir en la esperanza.

Jesús, a su vez, anunciado como Mesías «Consuelo de Israel» (Lc 2,25), y reconocido como «Consolador» (1 Jn 2,1), proclama «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados» (Mt 5,5). También, da coraje a los abrumados por sus pecados o por la enfermedad que es su signo (cf. Mt 9,2.22) y ofrece alivio a todos aquellos que están cansados y agobiados (cf. Mt 11, 28-30).

Son muchas las personas que padecen la tristeza, si han perdido el trabajo o a una persona amada o han sufrido una injusticia. La pérdida suele estar acompañada de sentimientos de aislamiento, soledad y vacío interior. Amortiguar los golpes de la vida puede ser más complejo de lo que parece, pero menos difícil si alguien nos consuela y está cerca de nosotros. Este bálsamo tranquiliza, reanima y ayuda a recuperar la confianza en el futuro. No hay recetas exactas para el consuelo, pero se puede aprender. Muchas veces, el mejor consuelo que podemos dar a una persona afligida es decirle que nos importa mucho, que queremos lo mejor para ella o que nos preocupamos de ella.

El hecho de estar ahí, de mostrar interés sincero, ya es de gran ayuda. También es positivo ponerse en lugar del otro y pensar en qué podemos ayudarle sin que nos lo tenga que pedir, pero sin atosigarle. Eso le demuestra al amigo, al compañero, al prójimo, que no está solo en su situación.

Para el cristiano, el consuelo es posible por la fe. Una fe que no ahorra el dolor ni el sufrimiento, pero que sí anuncia que la última palabra no son estos, sino un sí de Dios a la vida, que aunque a veces no podamos comprender, si nos permite esperar.

#### b) Perdonar las ofensas

La historia de la Revelación bíblica es la historia de la revelación del Dios «capaz de perdón» (cf. Ex 34,6s.; Sal 86,5; 103,3), afirmación que comportará la superación de la Ley del Talió («ojo por ojo, diente por diente»: Ex 21,24), realizada plenamente con Jesucristo al afirmar: «Habéis oído que se dijo: "ojo por ojo, diente por diente". Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia... Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen... porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen los mismo también los publicanos?» (Mt 5, 44).

En la realidad del cristiano podríamos decir que el escándalo se da cuando dejamos que los episodios de rencor y de ausencia de perdón copen el guion de nuestra existencia. “Olvido pero no perdono”, “estoy cansado de que se aprovechen de mi perdón”, son frases que solemos escuchar y que se distancian del que debe ser el modelo de nuestra vida: Jesús: “Si tu hermano te ofende siete veces en un día, lo perdonarás”. Hace falta estar abiertos a la generosidad que brota de la fe para perdonar a fondo perdido, de todo corazón, para comprometernos en el cambio de nuestros semejantes. Perdonar es seguramente de lo más difícil que hay, dado que somos tendentes a la venganza y al resentimiento. En Cristo hallamos el ejemplo extraordinario de lo que es vivir y morir perdonando.

De hecho, el postulado extremo del amor a los enemigos responde especialmente al amor extremo de Dios en Jesús, el cual «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

No se puede negar que el amor a los enemigos desde un punto de vista humano es seguramente la prescripción más exigente de Jesús, siendo considerado desde antiguo como el signo distintivo de la vida y conducta cristiana. Se trata de un mandamiento que expresa lo más nuevo y propio del cristianismo, ya que «quien no ama a quien lo odia no es cristiano» (Segunda carta de Clemente, 13s.), dado que el amor a los enemigos es «ley fundamental» (Tertuliano, De la paciencia, 6) y «la suprema esencia de la virtud» (san Juan Crisóstomo, In Mat. 18,3s.).

Por eso, para santo Tomás de Aquino, el perdón de los enemigos «pertenece a la perfección de la caridad» (STh II-II, q.25, a.8). De ahí, la importancia del perdón para realizar esta Obra de Misericordia, bien manifiesta en la oración del Padrenuestro cuando invoca: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6,12; Lc 11,4).

### c) Soportar con paciencia a las personas molestas

La tradición sapiencial subrayará con fuerza que ante hermanos que irritan el sabio dice: «más vale ser paciente que valiente, dominarse que conquistar ciudades» (Prov 16,32); «la paciencia persuade a un gobernante, palabras suaves quebrantan huesos» (Prov 25,15); y «más vale el fin de un asunto que el principio, más vale espíritu paciente que arrogancia» (Eclo 7,8).

Job será el paradigma de paciencia tal como se recuerda que «hubo un hombre en la tierra de Hus llamado Job; y era aquel hombre intachable, recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (Job 1,11), el cual dijo: «desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1,21). «Y Job le dijo: "como habla cualquier mujer necia, has hablado. ¿Aceptaremos el bien de Dios y no aceptaremos el mal?". En todo esto Job no pecó con sus labios» (Job 2,10). En la carta de Santiago se hablará de la famosa «paciencia de Job» precisando que es expresión de la misericordia del Señor, así: «mirad: nosotros proclamamos dichosos a los que tuvieron paciencia. Habéis oído hablar de la paciencia de Job y ya sabéis el final que le concedió el Señor, porque el Señor es compasivo y misericordioso» (Sant 5,11).

Por su parte, la imitación de la paciencia de Jesús subraya que lejos de ser implacable con los pecadores (cf. Mt 18, 23-35), era tolerante, ya que «vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45). Esta paciencia, tal como el amor es un «fruto del Espíritu» (Gal 5,22; cf. 1 Cor 10,13; Col 1,11), madura en la prueba (cf. Rom 5,3-5; Sant 1,2-4) y genera constancia y esperanza que no defrauda jamás (cf. Rom 5,5). Por esto, el himno paulino del amor proclamará que «el amor es paciente» y que «todo lo soporta» (1 Cor 13,1-13.4.7).

En este contexto, debe tenerse en cuenta que «la paciencia es un arte» (L. Manicardi). En efecto, lo es al soportar pacientemente de forma libre y amorosa una relación con quien es quizá fastidioso, antipático, aburrido, lento, desproveído, ya que esto está en línea con el amor del enemigo (cf. Mt 5,38-48; Lc 6,27-35). Y, a su vez, lo es cuando tal actitud propicia una reflexión sobre uno mismo para descubrir en nosotros aquello que también es molesto e insoportable para nosotros mismos, y que puede serlo también para otros, ya que Dios en Cristo nos ha soportado pacientemente amándonos de forma incondicionada recordando: «sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo» (Ef 4,32).

### 3.3. Orar. Rogar a Dios por los vivos y por los difuntos

Como conclusión de estas siete Obras de Misericordia espirituales se presenta rogar a Dios por los vivos y por los difuntos en clave de síntesis, dado que la oración es un don de Dios en su relación con el hombre, en efecto: «La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2560).

En la tradición cristiana se encuentra un hilo conductor para comprender el sentido de la oración y su relación con la vida con el famoso díptico de la Regla de san

Benito (siglo v) que ha marcado toda la espiritualidad, no solamente monástica sino también general, cuando dice: «ora y trabaja» (ora et labora). Siguiendo este espíritu, san Ignacio de Loyola explicitó este díptico diciendo: «Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros» (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2834).

Esta Obra de Misericordia pone de relieve, además, la «comunidad de los santos» en la Iglesia, la cual viene recordada ya en el Catecismo Romano (siglo XVI), así: «todo cuanto posee la Iglesia es poseído comúnmente por cuantos la integran; todos (los bautizados) están constituidos para el bien de los demás (cf. 1 Cor 12,23; Ef 4,11)» (n.I,9.a.c). En definitiva, se trata de la comunión de los miembros de la Iglesia, tanto de los que peregrinan aún en la tierra, como de los bienaventurados del cielo, calificados ambos como «santos», gracias a ser bautizados.

Será el Concilio Vaticano II que describirá esta «comunidad de los santos» así: «Todos (los discípulos del Señor, tanto los peregrinantes como los ya difuntos), aunque en grado y modo diversos, participamos en el mismo amor a Dios y al prójimo [...] En efecto, todos los de Cristo, que tienen su Espíritu, forman una misma Iglesia y están unidos entre sí en él (cf. Ef 4,16). Por tanto, la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de bienes espirituales» (LG 49). Dado que «si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él (cf. 1 Cor 12,26)» (LG 7).

En ese contexto se comprende que cuando se ora por alguien viviente, se le sitúa bajo la mirada amorosa y providente de Dios y se invoca para él el don de Dios y su bendición, para que lo sostengan en el camino de la vida (cf. Ef 1,3-14). Esto no significa que se deba esperar necesariamente el cumplimiento concreto de todo aquello por lo cual se haya podido pedir, sino que con motivo de una demanda «concreta», la oración cristiana de intercesión sitúa toda petición en el contexto más amplio de la invocación central de Cristo en el Padrenuestro cuando pide: «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10), repetida dramáticamente por el mismo Jesús en Getsemaní con un expresivo: «cúmplase tu voluntad» (Mt 26,42).

Y, en este sentido, la plegaria de intercesión primariamente prepara y dispone a «aceptar» y «vivir» la voluntad de Dios, sea cual sea, ya que «en esto consiste la confianza que tenemos en él: en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha» (1 Jn 5,14), y es así que la expresión clásica y muy popular de: «Si Dios lo quiere» (Hch 18,21; 1 Cor 4,19; Sant4,15), comporta una referencia constante al profundo y, a veces, inescrutable «misterio de la voluntad de Dios» (Ef 1,3-14.9).

Por otro lado, la Escritura habla también de la oración por lo muertos basándose en la fe en resurrección, ya que «si no hubiera esperado la resurrección de los caídos, habría sido inútil y ridículo rezar por los muertos» (2 Mac 12,41-45). Se trata de una plegaria que tiene presente la Iglesia como «comunidad de los santos», particularmente con aquellos que han muerto, y así expresar la fe de que su vida va más allá de la

muerte, haciéndose realidad viva la bella cita bíblica de que «el amor es más fuerte que la muerte» (Cant 8,6).

La oración ensancha los pulmones con el oxígeno de la misericordia. La oración nos impulsa a vivir siete, catorce, veintiocho, cincuenta y seis obras misericordiosas y cuantas necesidades se nos presenten. Necesitamos de la fuerza de la oración para afrontar este gran desafío que es vivir plenamente conectados a la Misericordia de Dios, auténtica viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia.

#### 4. Bibliografía utilizada.

-Misericordiosos como el Padre. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Subsidios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016.

-El reto de ser misericordiosos: Las obras de misericordia espirituales. Fernando Cordero Morales, SS.CC. Pliego de la Revista Vida Nueva, Junio 2016.

-Las bienaventuranzas, una contracultura que humaniza. Luis González-Carvajal. Sal Terrae, 2014.

Valencia, 23 de noviembre 2016.